

Nace una potencia

Francisco José García Lozano

cine

Llega por fin a nuestras pantallas la última incursión de un director, Paul Thomas Anderson, que en apenas doce años y con sólo cinco películas en su haber, ha sabido crear un universo muy personal a base de propuestas arriesgadas y, en muchos aspectos, desconcertantes. Pozos de ambición gira en torno a Daniel Plainview, un pobre minero buscador de plata que pasa a construir en pocos años uno de los emporios petrolíferos más importantes de Estados Unidos.

Thomas Anderson entra dentro de ese mapa de nuevos cineastas que no se apoyan en los aspectos que habitualmente sirven de interés para atrapar al espectador, ni en cuestión de argumento ni desarrollo, y que poseen por ello mismo un vigoroso e indiscutible poder de convicción: cineastas como David Fincher, Wes Anderson, Richard Linklater o Charlie Kaufman son una prueba de ese nuevo cine de una vitalidad y originalidad incontestables.

Emparentado con Robert Altman por sus historias corales y la fluidez de sus planos-secuencia, Anderson logró engendrar con veintisiete años un clásico moderno, *Boggy nights* (1997), su segunda película sobre el mundo de la pornografía en los años setenta. En su primera película, *Sydney* (1996), un film de rara inten-

alidad con pocos personajes y mucho diálogo, ya apuntaba maneras e influencias (desde Scorsese a Mamet, pasando por Melville) en torno al mundo del juego, pero que no pasaba de ser un prometedor film *noir* bastante irregular en el fondo. A los treinta años vendría su proyecto más importante hasta la fecha, *Magnolia* (1997), una película que sencillamente amas u odias. A mi parecer una de las más objetivas expresiones de lo que es el discurso posmoderno aplicado a imágenes. El mosaico de historias, como opción narrativa, dotaba al film de una voluntad muy ambiciosa de captar nuestra sociedad de hoy en toda su diversidad y complejidad. Thomas Anderson optó por los microrrelatos certificando la muerte de los grandes relatos, tal como profetizó Lyotard. Finalmente, con *Punch Drunk Love* (2002) volvía a arriesgarse con una extraña comedia romántica protagonizada por Adam Sandler y Emily Watson, que fue injustamente malentendida e infravalorada.

Transgresor, valiente e innovador en sus imágenes (he ahí la lluvia de ranas en *Magnolia*, o el piano que cae de la nada en medio de una carretera tras un accidente inesperado en *Punch Drunk Love*...) lo colocan como uno de los creadores más talentosos y originales del panorama actual. Esta película que comentamos, prueba una vez más la heterogeneidad temática de su filmografía.

Thomas Anderson se inserta con *Pozos de ambición* dentro de esa larga lista de directores que se han interrogado por el origen de su nación encontrando en la novela de Upton Sinclair (1878-1968), *Oil!* (¡Petróleo!), el arsenal necesario para su nueva película. Referentes anteriores no faltan desde *El tesoro de Sierra Madre* (1948), la excelente película de John Huston, en la que el personaje al que dio vida un inmenso Humphrey Bogart guarda evidentes paralelismos con el que interpreta Daniel Day-Lewis en la presente película, hasta *Gigante* (1956) de George Stevens, donde también con el trasfondo del petróleo, la soberbia y la codicia llevan a la perdición a sus protagonistas.

Pozos de ambición gira en torno a Daniel Plainview (Daniel Day-Lewis), un pobre minero buscador de plata que pasa a construir en pocos años uno de los emporios petrolíferos más importantes de Estados Unidos. Volvemos de nuevo con los grandes relatos, pues la cinta abarca desde 1898 hasta 1927, fechas entre las que Plainview forja su imperio a costa de manejar un desprecio sistemático hacia el prójimo. *Pozos de ambición* es todo un encuentro épico, frontal y visceral con los principios y caracteres primigenios y atávicos que rigen los comportamientos de los *self made man* americanos.

Plainview y su hijo H. W. (Dillon Freasier) prueban suerte en la polvo-

rienta Little Boston. En esta ciudad mísera pone en juego su retórica para ganarse a los lugareños presentándose como un honrado hombre de negocios que traerá prosperidad, riqueza y trabajo para todos ellos. Sin embargo, Plainview se topa con un duro competidor: Eli Sunday (Paul Dano), pastor y cabeza visible de la Iglesia de la Tercera Revelación, que competirá con él en popularidad e influencia.

La película se abre con uno de los grandes momentos del metraje que bien podría ser el siguiente fotograma del comienzo de ese film menor de Anthony Mann, que es *Cimarrón* (1960), que arranca en fechas similares, en 1899, con la impresionante carrera de los pioneros para hacerse con una parcela de tierra en Oklahoma, en donde se descubrirán ricos yacimientos mineros y petrolíferos. De esa manera se nos presenta a Plainview, excavando obsesivamente el suelo, solo, hasta encontrar su primer yacimiento de petróleo. Este comienzo nos es presentado de una manera brillante y con una sobriedad en su puesta en escena difícil de ver en estos días, con 15 minutos sin diálogo alguno, cuyos únicos protagonistas son un paisaje desértico y la obsesión de Plainview por encontrar su preciada recompensa. Desconcertantes estos primeros momentos del film donde se intuye que algo está a punto de estallar, gracias a una banda sonora de alto voltaje, obra de Jonny Greenwood, guitarrista de *Radiohead*.

La interpretación de Daniel Day-Lewis, la maravillosa fotografía de Robert Elswit, y como he señalado, la composición musical de Jonny Greenwood, guiados por la mano de Thomas Anderson, forman una aterradora visión del lado oscuro de un hombre que vive sólo para enriquecerse y que como dice él mismo, el único sentimiento que siente hacia los demás es odio. Day-Lewis se mete en la piel de este despreciable pero fascinante anti-héroe que es Plainview del

*religión y capitalismo
en un maridaje nos ofrecen
la cara más oscura del
nacimiento de una nación*

que no sabemos nada, excepto que no deja un ápice al eclecticismo propio de cualquier naturaleza humana, donde todo es ambición y odio. Una soberbia representación sobre la corrosiva influencia del poder y el dinero en sociedades autosuficientes. Una persona carcomida por su codicia y sobre todo por su repugnancia hacia cualquier otro ser humano.

Su contrarréplica viene dada por el fantástico trabajo del joven Paul Dano (joven actor descubierto en la no menos interesante *Pequeña Miss Sunshine*

ne), en el papel de visionario pastor de la Iglesia de la Tercera Revelación. Dano tiene ante sí a uno de los mejores actores de su generación, un Day-Lewis en estado de gracia (con grandes interpretaciones a sus espaldas como *Mi pie izquierdo*, por la que ganó un Oscar, o *En el nombre del padre*), pero ante el que no sólo resiste el duelo con dignidad, sino que logra, por momentos, que nos fijemos más en él que en su antagonista. Sus excesos como predicador tras su apacible apariencia, muestran una naturaleza y una ambición muy similares a la de Plainview. Dos hombres con distintos métodos, pero con un mismo interés, la codicia y el poder. Ciertamente otro de los momentos álgidos, de esos que sobrecogen por su excentricidad, será el bautismo que recibirá Plainview por Eli Sunday en la Iglesia.

Thomas Anderson se toma ciertas prisas por concluir el periplo de su antihéroe, con algún que otro decaimiento en el guión precipitando un final que no podemos calificar más

que como sorprendente. De nuevo estamos ante una resolución que algunos verán como consecuencia lógica de la evolución del personaje hacia su deshumanización y aislamiento (el recuerdo del hombre que le obligó a humillarse públicamente en la Iglesia debía azotarle la mente vorazmente; como consecuencia lógica la venganza es un plato que se disfruta frío) y que otros verán como un final en todos los sentidos grotesco y rozando lo cómico por los excesos de una sombra monstruosa totalmente fuera de sí. Nuestro magnate acaba tal como empezó, solo, en un final con claras resonancias wellesianas.

Paul Thomas Anderson ha dirigido una película con gran oficio, voluntad y una capacidad insólita de captar ambientes y situaciones (la perforación del primer pozo en Little Boston es sencillamente excepcional). Religión y capitalismo en un maridaje no tan perfecto como perfiló Weber, pero que nos ofrecen la cara más oscura del nacimiento de una nación. ■